

Ya ves aquí un principio de un mal físico, dimanado de la mala elección de las madres cuando tratan de acomodar en sus casas *pilmamas* para sus hijos. Pues de esta mala elección resulta también otro principio de mal moral. ¿Qué son por lo común las *pilmamas*? Cuando no sean viciosas, son demasiado ignorantes. Y ¿qué aprenderán los niños con la continuada compañía de una mujer llena de vicios, ó de errores, ó de todo junto? Seguramente todo, pues en los primeros años tenemos la aprehensión muy viva y retenemos tenazmente y con gusto lo primero que oímos ó vemos.

Aquella demasiada libertad que se concede á las *pilmamas* para que saquen los niños á la calle con el pretexto de que los diviertan y por no oírlos chillar, también es origen de mil daños, pues por un amor mal entendido les dan cuantas frutas y alimentos comen, sin distinguir lo verde de lo maduro, lo suave de lo de difícil digestión, ni lo sano de lo nocivo, y de aquí resultan también los granos, la sarna y los infartos repetidos.

Todavía sufren mayores perjuicios los niños abandonados á esta clase de libertad. Mordidas cariñosas, pellizcos de enfado, estrujones de venganza y golpes de accidente son los gajes que reciben casi siempre de sus buenas *pilmamas*. ¡Cuántos niños han sido tristes víctimas del descuido de las madres en esta parte y de la indolencia y perfidia de sus *pilmamas*! Un famoso

médico de Edimburgo fué llamado á una de las principales casas de la ciudad para que curara á un niño de dos años, acometido de un terrible mal que no se conocía. Llegó el médico y halló al niño todo torciéndose, en un continuo grito, muy renegrido y casi con la convulsión de una mortal alferecía. El médico le aplicó lo más específico del arte; pero todo su empeño y habilidad, toda la eficacia de los remedios y el cuidado de la madre fueron inútiles. El niño murió entre terribles ansias. Admirado el facultativo de la tenacidad del mal y deseoso de indagar la causa de su resistencia, hizo desnudar al niño, y le encontró en el espinazo clavado un *fistol* hasta la cabeza. ¡Cuál sería entonces su asombro y cuánto el sentimiento de la madre al saber que la *pilmama*, por una cruelísima venganza, había cometido semejante atroz infanticidio! Tú eres madre, yo lo dejo á tu consideración.

Si un caso tan funesto fuera el único en su especie, se podría tener á dicha; pero son más frecuentes de lo que se piensa, aunque no sea con tan criminales circunstancias. En esta ciudad han volado de los brazos de las *pilmamas* á la calle algunas criaturas, de las cuales unas han muerto y otras han quedado lastimadas y contrahechas. Por meterse á ver un pleito una de esas *pilmamas* paseadoras tocó al niño que llevaba una pedrada en la cabeza, de la que quedó en el sitio; otra, mientras

reñía con una mujer sobre celos, puso al niño en el suelo y pasó sobre él á este tiempo un caballo y lo mató.

De estos ejemplares ha habido varios, y las madres no escarmientan. Deberían no apartar jamás sus hijos de su vista, y así los tendrían más seguros, más sanos y más bien criados.

Volviendo á Eufrosina, digo, que apenas cumplió los tres años su niña, cuando á pretexto de que ya era grandecita y perdía tiempo, la puso en la amiga, y aún procuró persuadir á su hermana Matilde hiciera lo mismo con Pudenciana.

Pero Matilde, acostumbrada á no hacer cosa alguna sin el parecer de su marido, comunicó con éste los consejos que le había dado Eufrosina, á lo que el coronel le contestó de este modo: — Hija, no creas que tu hermana trata del bien de su niña, cuando la separa de su lado en una edad tan insuficiente para aprender, ni la mueve á esto el deseo de que sepa la doctrina cristiana, ni quitarla del sol, ni otra causa de las que alega. El deseo de su más completa libertad para prenderse y pasear es el motivo legítimo que tiene para separar de sí á su criatura, y á tí te aconseja de igual modo, ó para que estés expedita para acompañarla á sus bureos, ó para que tu diversa conducta no le sea una tácita reprensión.

Mas yo me hallo muy distante de conformarme con

su modo de pensar en la materia. No, no enviaré á mi hija á la amiga tan fuera de tiempo. Estoy confiado en que eres buena madre y la quieres mucho, y por lo mismo no te será gravoso el cuidarla en tu casa, ni el sujetarte por ella ó privarte de algunas diversiones.

— Ya se ve que no, decía Matilde; yo lo haré de muy buena gana; pero me hace fuerza oír decir que tres años no es edad suficiente para enviar las niñas á la amiga; porque las he visto enviar más chiquillas, hasta de dos años; ¡ya se ve! ¡qué digo de dos años, si las he visto destetar en la amiga!

— Yo no pongo duda en eso, decía don Rodrigo; pero mientras menos edad tengan, menos tiempo es de enviar las criaturas á esas escuelas ó casas de enseñanza. Sólo en el caso muy apurado de que la madre sea muy pobre, sola, que tenga que buscar el pan y no pueda cargar con su hijo, ni tenga á quién confiarlo mientras vuelve, sólo en este caso, digo, aprobaría yo que lo dejara en la amiga, porque esto era menos malo que dejarlo abandonado á su discreción; pero una mujer de proporciones como tu hermana no tiene disculpa para hacer tales sacrificios sólo por contentar su libertad.

Y no te escandalices de oirme decir que es sacrificio enviar á los niños á la amiga tan temprano, porque lo es en realidad. No lo digo yo, los médicos sabios y los documentistas sensatos son de este parecer; porque la

imprudencia en que por costumbre, por necesidad ó por ignorancia incurren las más ó todas las maestras y maestros de tener sentados á los niños cuatro horas por la mañana y tres por la tarde, es á costa del sacrificio que sin malicia hacen de su salud.

No te admires, vuelvo á decirte. La constitución física de los niños en su tierna edad pide para su robusta formación respirar el aire más libre, hacer el mayor ejercicio y tener el espíritu tranquilo; porque entonces es cuando sus fluidos necesitan circular con más rapidez para vigorizar las fibras, y que éstas se desarrollen sin el menor embarazo; para esto es necesaria la buena digestión y transpiración, á la que coadyuva más que nada el ejercicio corporal y la quietud del ánimo; lo que no se logrará perfectamente atemorizando al niño, ni obligándolo á estar sentado mucho tiempo; pues semejante posición le es tan violenta como natural el estado de la acción y movimiento. En virtud de lo que te digo, mira tú si será un sacrificio el enviar á los niños tan temprano á esas amigas ó casas de enseñanza.

—Estoy por convencerme, decía Matilde, estoy por convencerme de estas razones, aunque no las entiendo bien. Sólo quiero que me expliques ¿cómo es eso de que las criaturas están sentadas á fuerza y contra la naturaleza? que eso pienso que quiere decir lo que me has dicho de que tal situación les es violenta.

—Mira, decía el coronel con gran cachaza; ¿si á tí te obligaran á cuartazos ó á regaños á andar brincando y saltando todo el día, lo hicieras de buena gana?

—Ni de buena ni de mala, decía Matilde riendo á carcajadas. ¡Qué chula anduviera yo tan larga, y saltando y brincando sobre los canapés y sillas de casa lo mismo que una ardilla! — Pero si te hacían saltar á fuerza, ¿qué habías de hacer?—No, no saltara, decía Matilde, aunque me mataran.—Vaya, eso es decir, hija, contestaba el coronel, eso es decir; pero el rigor obliga á mucho más. Aun concediéndote esa fortaleza, que no tendrías, los niños no son capaces de ella, porque ni su corazón ni su capricho pueden balancear contra el temor que les inspira la sola amenaza del castigo. Mas prescindiendo de esta fortísima razón, tú de liso y llano confiesas que te sería muy violento el saltar y brincar todo el día, y que ni aún oprimida por la fuerza lo harías, ¿no es esto?

—Así es, decía Matilde; me sería, no sólo violento, pero pesadísimo tal ejercicio, porque ya mi edad no es para brincar y saltar como perrito de faldas.—Pues has caído, contestaba su esposo; tan violenta es la quietud para un niño, como el travesear y corretear todo el día para un adulto. Cada edad tiene sus peculiares propensiones y apetitos. Es menester conocer esta verdad para ser más indulgentes con los hombres y mucho más con los niños.

—Yo convengo con tu parecer, decía Matilde; pero pienso que, á pesar de las razones que alegas, estamos los padres de familia obligados á enviar á nuestros hijos cuanto antes á las amigas, ó migas, ó como las llaman, para que se instruyan temprano en la ley de Dios y para que aprendan á leer, escribir, coser, bordar y lo demás que deben saber según su clase; y esto creo que debemos hacerlo, aunque sea á costa de ese sacrificio que dices, y más que teman el enojo ó castigo de los maestros; porque no me negarás que el refrán antiguo dice que la letra con sangre entra, y la labor con dolor, y ya tú sabes que los refranes antiguos son evangelios chiquitos.

—No todos, decía el coronel; es verdad que hay muchos proloquios comunes que incluyen unas sentencias morales ó políticas, y que son, no sólo ciertísimas, sino recomendables y santas; pero á la vuelta de éstos hay no pocos que son unos desatinos garrafales y unos despropósitos que, sin más apoyo que la antigüedad de su origen, han hallado abrigo en muchas cabezas á la sombra de la ignorancia y la preocupación. Uno de éstos es el que acabas de citar á favor de tu opinión. ¿Quién te ha persuadido, hija, de que la letra con sangre entra? Esta es una máxima tan falsa como cruel y tan impolítica como necia. Nada entra con sangre á los racionales; el rigor sólo sirve de embrutecerlos, de agitarlos y envilecerlos. La experiencia diaria enseña que el muchacho

muy regañado y muy golpeado, lejos de aprovechar lo que se quiere, por lo ordinario sale flojo y sinvergüenza y abandonado; al principio teme mucho y se atolondra, después teme menos y se descuida de propósito, y últimamente no teme nada, odia á sus verdugos, y se hace el ánimo de no complacerlos en cosa alguna, sólo porque ellos se lo mandan, y esto lo lleva á efecto á costa de su pellejo, mientras está en estado de sufrir, que en llegando á criar alas, levanta el vuelo, se sustrae del dominio de los que así lo han tratado, se entrega á rienda suelta á sus pasiones y se pierde sin remedio. Á estos muchachos conocen bien con el nombre de *curtidos*. ¿No es verdad? ¿No conoces algunos de los que se dice: ya éste no le hace caso á los azotes, ya está *curtido*? Pues ya ves el fruto que se debe esperar de un tratamiento riguroso con los niños y cuán lejos está el imprudente castigo de facilitar su enseñanza. ¡Gracias á Dios que en el día ya se va conociendo esta verdad y se va desterrando de las clases y casas de enseñanza el rigor, el azote y la vileza, que por tanto tiempo se creyeron los medios más prontos, eficaces y seguros para enseñar á los niños.

—En verdad que estoy por convencerme, decía Matilde; pero mis tías, mi hermana y las amigas de mis tías me dicen muy al contrario, esto es, que conviene educar á los niños muy temprano y tratarlos con la